



crecen el trigo, las plantas y los frutos más estimados; se presentan en toda su belleza el reino animal, los cuadrúpedos, los pájaros y los insectos. El algodón y el gusano de seda son allí indígenas. También se encuentran las especias y perfumes más preciosos, y hasta los objetos de alto precio y de pura vanidad; el oro, las piedras preciosas y las perlas, se hallan en grande cantidad. No nos admiremos de que el hombre, rodeado de tal naturaleza, sea muy otro del que habita las llanuras solitarias del Asia central. La Providencia no había destinado este país para la vida pastoril; le había dotado de todo lo que le era indispensable para llevar una vida más noble. Ya las tradiciones más antiguas colocan en este país el principio de la agricultura, del cultivo de la vid, como el origen de las ciudades y primeras asociaciones políticas. Es verdad también que entre ellos, sobre todo donde se hallan las ricas llanuras en pastos, como entre el Eufrates y el Tigris, pasan numerosas tribus nómadas, y no se tampoco raro ver cerca de las murallas de una gran ciudad el campo de una horda. Pero estos nómadas vienen de los arenales septentrionales ó de los desiertos de la Arabia, ó bien son de los pueblos montañeses, cuyo territorio, á causa de su excesiva elevación, no es propio para la agricultura. Pero hé aquí una observación que se reproduce en toda la historia. No solamente los naturales del país concluyeron por adoptar medidas fijas y constituciones sociales, sino que también las hordas nómadas, morando entre ellos por el derecho de hospitalidad ó de conquista, cambiaron espontáneamente su vida errante por una vida pacífica y tranquila. El paralelo de 40° de latitud septentrional forma en cierta manera la invariable frontera de las comarcas pastoriles y agrícolas. No tendríamos acaso necesidad de decir, que no haciendo la transición súbitamente, nuestra observación no debe aplicarse más que de un modo general; y así considerada, no dejará de confirmarse en cada período de la historia de Asia. Esta línea separa el Cáucaso de la Armenia, la Sagdiana ó grande Bucaria de la Bactriana ó de Balk, y la China de la Tartaria china; las partes meridionales de este país han sido también habita-

das con preferencia por pueblos de residencia fija en las ciudades, mientras que las del Norte fueron siempre pobladas por hordas nómadas. Por multiplicadas y universales que hayan sido las revoluciones políticas del Asia interior, hay, sin embargo, en la historia de aquel continente una uniformidad que la distingue de la Europa. Se levantan y se derrumban imperios; pero los nuevos adoptan las formas antiguas. Este fenómeno sorprendente se explica en cierto modo por sí mismo, considerando el todo de la historia de Asia.

Los grandes imperios que allí se formaban, no se erigían de la misma manera que nuestros Estados europeos. Debían generalmente su origen á poderosos pueblos conquistadores, y con raras excepciones á pueblos nómadas. Hé aquí, pues, el principal punto de vista, del que no debemos separarnos cuando se trate de juzgar su historia y sus instituciones.

Ya se ha dicho más arriba que toda el Asia septentrional y central estuvo ocupada por pueblos nómadas; pero poseían también, por otra parte, diferentes terrenos de la China, del Tauro, en el Asia meridional, y aun casi toda la península Arábiga, exceptuando las partes meridionales, ó sea la Arabia Feliz. Los inmensos desiertos de arena de este país, son aún menos propios para la agricultura y para las residencias fijas, que las llanuras del Norte.

Las escasas nociones que ya hemos anotado acerca del género de vida de estos pueblos, deben darnos una idea de su genio conquistador. Su género de vida les hace fuertes para las fatigas de la guerra; sus escasas necesidades hacen supérfluos los bagajes, que tanto ayudan y entorpecen á la vez la marcha de los modernos ejércitos. Sus numerosos rebaños les suministran crecido número de caballos. Las vejaciones á que se entregan por costumbre, son para ellos una gran escuela de guerra, y les inspira, si no la constante bravura y frío heroísmo del europeo, al menos una impetuosidad en el ataque y una grande temeridad, debidas á la costumbre del peligro y al amor del botín. Semejantes á las bandas de las destructoras langostas, salen de sus llanuras ó de sus desiertos arenosos como los mongoles y los árabes, ó bien



bajan de sus montañas como los partos y los persas, inundando feroces en sus conquistas las fértiles llanuras del Asia meridional, y subyugan las ricas naciones civilizadas, que después habitan, extendiendo su dominación tanto como pueden alcanzar sus hordas, y así se hacen los fundadores de imperios poderosos é inmensos, cambiando su ingrata patria por moradas más felices. Y en este estado, el conocimiento de las artes, del lujo y de la molición, y la influencia de un clima diferente, producen bien pronto en ellos un nuevo cambio de vida. Los vencedores adoptan las costumbres de los vencidos, y con tanta mayor razón y gusto, cuanto que no tienen patria. Organizan entre sí una civilización, basada más bien en el lujo que en una sublime moralidad, y cuanto más rápida es la transición de la barbarie á la civilización, y cuanto más vivo es el deseo de todos los placeres sensuales, mayor es el aumento de lujo. Así se debilitan los vencedores por sí mismos, y mantienen su poder más ó menos tiempo, según las circunstancias. De sus antiguas moradas salen nuevos pueblos, que, exentos de corrupción, fundan un nuevo imperio sobre los despojos del antiguo, hasta que les llega el mismo destino.

Así es como nacieron y desaparecieron en la antigüedad los imperios de los asirios, de los caldeos, de los persas y de los partos, como en la Edad Media el de los árabes, y más tarde los estados de los tártaros y de los mongoles, que aún existen entre ruinas.

Los que conocen á fondo el origen de las grandes monarquías asiáticas, convendrán naturalmente con nosotros en las siguientes observaciones:

1.^a El desarrollo y engrandecimiento de los imperios asiáticos, no podían prosperar; faltábales el espíritu de la verdadera religión y el culto al verdadero Dios. Tenían necesidad de territorios muy extensos para su existencia; además no reconocían ningún motivo para limitar sus conquistas. El botín hecho en cada país, era un estímulo para nuevas correrías, y esta rapacidad, junto con la ignorancia de la Geografía, engendra con frecuencia en ellos la idea de ser los soberanos del mundo entero, tí-

tulo que ya se dieron á sí mismos. Sin haber realizado por completo esta idea, han conseguido llegar á un grado que espanta al historiador. La dominación de los árabes se extendía desde la España y Marruecos hasta la India; y las armadas mongolas combatían bajo los sucesores de Gengiskan, al mismo tiempo que en Silesia cerca de las murallas de la China.

2.^a Los pueblos sensuales, descreídos, depósitos y aventureros, no pueden dar á sus estados una constitución política estable. ¿Cómo hubieran dado lo que no poseían? La administración de las provincias conquistadas estaba confiada á capitanes que iban á la cabeza de numerosos ejércitos. Estos gobernadores no tenían en un principio más funciones que recibir los presentes y tributos que se imponían arbitrariamente ó siguiendo ciertas reglas, teniendo por esta causa á los países subyugados con sus armas en una completa sumisión. Esta institución se reduce bien pronto á dejar sus provincias á estos gobernadores, en cambio de cierta cantidad que daban anualmente al tesoro, autorizándoles los medios de recuperar estas sumas, y de sacar aún otras más fuertes con que enriquecerse ellos mismos.

3.^a Sin embargo, es muy natural que de esta constitución, puramente militar, se formara poco á poco una constitución política social, aunque tan incompleta como lo es la civilización oriental y antigua, si se exceptúa Israel. Tan luego como los vencedores, por una larga permanencia entre los vencidos, dulcificaban sus costumbres, ó en general se familiarizaban con las instituciones políticas, pasaban total ó parcialmente de una vida nómada á una vida sedentaria.

Verdad es que el genio de algunos de estos conquistadores, como el de Timur y otros, sobrepasaba á la penetración de sus compatriotas, y así podían fácilmente prepararse á recibir una legislación civil; pero no obstante, no debemos olvidar que el desarrollo y cultura no se desenvolvían sino de un modo muy lento y por grados. Estos gobernadores militares, cuyo poder no estaba limitado por ley alguna, se mezclaban poco á poco en los negocios civiles, á medida que se iban familiarizando con ellos



y que empezaban á irlos tomando gusto; y de esta suerte, de simples capitanes se llegaban á hacer sátrapas; con frecuencia el celo del despota asociaba los sátrapas á los capitanes. Hé aquí por qué los grandes imperios asiáticos forman ordinariamente un sólo cuerpo, cuyo conjunto no puede conservarse á no ser por un poder único; pero que permite tanta variedad en los distintos puntos, que es imposible encontrar constituciones uniformes. Pero bajo el régimen despótico, no solamente se toleran los pequeños tiranelos y soberanos cuyo poder es limitado, sino hasta las mismas repúblicas, cuyas ciudades fenicias y griegas del Asia Menor, bajo la dominación de los persas, dan un ejemplo constante. Las observaciones que acabamos de indicar proporcionan los medios de resolver una cuestión que se presenta por sí misma al observador de los pueblos del Asia, y que es del más alto interés para la humanidad en general; á saber: cómo esta forma despótica, tan particular á los grandes imperios de Asia, se ha desenvuelto, conservado y constantemente renovado, á pesar de tantas revoluciones?

Allí donde no había noción de verdadera moral, de derecho ni de justicia, emanada de una tradición divina dada al olvido; allí donde todo procedía de la conquista y de una dominación esencialmente militar, la base de la constitución civil debía de ser despótica. Por extraño que parezca, es sin embargo un hecho, que en varios de estos pueblos, colocados en su estado natural y dotados de una libertad aparente, había echado hondas raíces el despotismo, y el jefe militar era el dueño absoluto de la tribu (1).

Una multitud de pueblos, que difieren entre sí por su lenguaje, por sus costumbres y por su religión, no se dejan gobernar por unas mismas leyes; y de aquí resulta, que la arbitrariedad y el capricho reemplazan á aquellas. Un gobierno de sátrapas es entonces el único medio de contener y de velar por todo, y de esta manera el despotismo aumenta indefinidamente. El despota más poderoso, no lo es bas-

(1) Pallas, *Geschichte der Margolischen Völker* chafsten, I, pág. 185.

tante para someter á los sátrapas al yugo de la ley, aun cuando pueda retenerlos bajo el yugo de la opresión.

Por último, es necesario reconocer que el lazo indisoluble entre la ley político-despótica y la falsa religión, debía necesariamente producir fatales consecuencias; el despota que se imagina un dios, es un verdugo. Sea que los pueblos de Asia desde su niñez estuvieron sometidos á las cadenas del despotismo, sea que el espíritu de conquista no rompiera estas cadenas, está por decidir aún, dice Heeren, cómo se paralizaron sus fuerzas para siempre, y cómo en sus períodos más florecientes, no pudieron sacudir un yugo que parece insoportable á la Europa civilizada. Heeren olvida, como Laurent, la falta de vida moral en el Oriente. Para contestar á esta pregunta, dice el citado autor, es necesario remontarnos algo más, y buscar las causas de este fenómeno, no en la organización defectuosa de la sociedad política, sino en la sociedad doméstica, verdadero origen de los vicios sociales; en la poligamia y los serrallos.

El comercio de los pueblos de Asia nos presenta una uniformidad semejante á la que nos han ofrecido hasta aquí las constituciones de los grandes imperios de Asia. Aunque los viajes al Asia nos ofrezcan menores dificultades que los del Africa, la naturaleza del comercio interior es en gran parte la misma en los dos continentes. El mercader no se determina á emprender su viaje solo y aislado; se reúnen varios viajeros, constituyendo lo que se llaman caravanas. La necesidad de viajar en grupos numerosos, se ha hecho siempre sentir en esos largos viajes, donde con frecuencia se pasan llanuras desiertas, é infestadas al ménos en sus fronteras por gente nómada, entregada ordinariamente al robo y al pillaje. La naturaleza, previsora para todo, ha concedido al Asia meridional y central la bestia de carga, el camello, sin el cual no hubiera podido existir por estos países su grande y continuado comercio. Este animal habita los desiertos abrasadores y arenosos de la Arabia, lo mismo que las grandes llanuras de los kirgenses y los kalmur en la costa septentrional del mar Caspio. Es verdad que los grandes ríos de Asia han servido tam-



bien de vías para hacer el comercio; pero pasando á través de grandes llanuras, faltan á sus riberas ordinariamente las maderas necesarias para la construcción de los navios, y hasta yerro en muchas comarcas. Probablemente estas causas expliquen el por qué la navegación de los ríos de Asia no ha adquirido el mismo grado de adelanto que en Europa.

El comercio interior de esta región era siempre, como en Africa, un comercio continental, y se hacia de la misma suerte. Pero el comercio de Asia, siendo por su naturaleza infinitamente más considerable, porque las naciones que se ocupaban de él eran en su mayor parte mucho más civilizadas y los países frecuentados por las caravanas ménos salvajes, de aquí que no nos debemos admirar por que encontramos en Asia muchos más establecimientos para la comodidad y la prosperidad del comercio. Es necesario tener en cuenta principalmente las variadas vías de comunicación y los grandes buques destinados á recibir las caravanas. Los grandes imperios, fundados por pueblos conquistadores como los de Asia, hacen bien pronto sentir la necesidad de establecer rutas militares para asegurar mejor la dominación, sujetando bajo su yugo los pueblos más apartados.

Así, en la época de los persas como en la de los mongoles, hállanse grandes carreteras generales que atraviesan el Asia conocida, y que fueron construidas con lujo y con esfuerzos dignos de estos estados despóticos, donde toda la fuerza y actividad de los pueblos pueden ser concentradas en un punto (1). Las carreteras no son siempre los caminos de las caravanas, porque es muy natural que éstos prefieran con frecuencia caminos más cortos, aunque más desiertos ó más difíciles; pero no por esto han dejado de favorecer el comercio interior de los pueblos del Asia. El establecimiento de las estaciones para las caravanas se remonta á una época muy antigua, y su número ha crecido sobremanera desde los tiempos de Mahomet, en cuya época se las consideraba como indispensables (2). Los serrallos de las cara-

vanas son ordinariamente buques de grandes dimensiones, cuadrados, que comprenden un espacioso local, y se componen de una doble serie de departamentos vacíos, dedicados exclusivamente á los viajeros, los que tienen á su cargo el satisfacer todas sus necesidades y comodidades (1).

Aun cuando en Asia conocieran nuestras posadas de Europa, estas no bastarían para recibir varios centenares, y hasta millares de extranjeros y bestias de carga.

La observación de que el comercio de Asia se hacia casi únicamente por tierra, lleva en sí otra no ménos notable, y es, que su historia está ligada enteramente con las revoluciones políticas de este continente. Cuando aparecieron nuevos pueblos conquistadores destruyendo y asolando con sus hordas numerosas los imperios ya organizados, estos grandes cambios no podían ménos de influir sobre su comercio. Sin embargo, toda la historia del Asia confirma que el comercio, aunque interrumpido por cierto tiempo, ó tal vez modificado en parte, no ha sido nunca destruido por completo, sino que se le encuentra, por el contrario, casi siempre mucho más prontamente restablecido de lo que podía esperarse. La causa es fácil de adivinar. Los pueblos conquistadores aprendieron bien pronto á conocer las grandes ventajas que podían sacar del comercio; las necesidades de los pueblos conquistados, les hicieron pronto suyos; los impuestos de las caravanas que pasaban les enriquecían, y por último, entre los pueblos del Asia hay un especial interés ó gusto por el comercio. Pero la anarquía en que suele degenerar el despotismo, ha llevado más perjuicios al comercio de Asia que los cambios de dominación y las guerras de los pueblos conquistadores. La anarquía provoca bien pronto innumerables bandas de salteadores, desde el momento en que la debilidad de un gobierno no puede reprimirles. El comercio estaba casi aniquilado por las turbaciones anárquicas que han agitado continuamente á la Persia.

A pesar de las muchas y grandes revoluciones políticas que ha experimentado el Asia en

(1) Herodoto las llama *cataluseis*, I., c.

(2) Herodoto: *Sobre las grandes vías de la Pessia*.

(1) *Viajes de Tavernier*, I, pág. 96.



su interior, desde Nabucodonosor y Ciro hasta Gengiskan y Timur, el comercio entre sus habitantes ha permanecido, por regla general, constantemente el mismo, salva la excepcion producida por los cambios en pequeño y las interrupciones momentáneas. Los puntos principales del comercio no variaron, los países que los comprendian brillaron de nuevo por sus ricas y florecientes ciudades, levantándose de sus ruinas despues de los robos y devastaciones las más terribles. Las necesidades del hombre, las del lujo como las de primera necesidad, son muy sensibles y muy apremiantes para que la guerra ó el despotismo puedan restringirlas ó destruirlas.

La historia registra un hecho capaz por sí solo de formar época en el curso del comercio de Asia: el descubrimiento del paso á las Indias Orientales, dando la vuelta al Africa. Ya hemos indicado, y lo probaremos más adelante, que en la más remota antigüedad la navegacion se hacia por las costas de la Arabia á las Indias; y es demasiado conocido que estas relaciones comerciales, con pequeñas modificaciones, han durado casi siempre en las épocas macedónica y romana, como tambien en las de los árabes y de los venecianos. Pero este comercio marítimo, aun en un período más floreciente, no puede de ninguna manera ser comparado con el inmenso comercio del Asia por tierra, con ayuda del cual la mayor parte de los productos asiáticos demandados en Europa, fueron trasportados por los puertos del mar Negro y del Mediterráneo.

Todas estas circunstancias cambiaron tan pronto como los europeos descubrieron el paso por mar á las Indias Orientales. Despues de este tiempo, la Europa no recibió ya los productos asiáticos de que tenia necesidad por las antiguas vias á través del interior del Asia; pero fué á buscarlos á las costas meridionales, que desde entonces fueron los sitios principales del comercio, especialmente los de la península más acá del Ganges. La influencia de este cambio sobre el comercio interior era inevitable, porque una gran parte de él debia ser transmitido á las costas, que fueron como el depósito general de las mercancías de Oriente para el

navegador europeo. No obstante, quedó aún bastante activo mientras que los tronos persa y mongol estuvieron ocupados por príncipes que unian al espíritu de conquista el gusto de las bellas artes, y tenian sobrado poder para mantener la tranquilidad y la seguridad personales en el interior de sus países. El despotismo de los turcos, la anarquía del imperio persa y las devastaciones de la India septentrional por las invasiones y salteamientos de Afghous y de Marsattis; son los que concluyeron casi por completo con el comercio interior de Asia y han cambiado en desiertos los países florecientes situados sobre las riberas del Eufrates y del Indo, donde las ruinas de las ciudades orientales no ofrecen á nuestra vista más que despojos de una magnificencia pasada.

Entre las diferentes partes del Asia, la del Sur, con inclusion de las Indias, se distingue por la variedad y riqueza de sus productos; porque estos países producen, no solamente lo que el resto del Asia cultivada, con ligeras excepciones, sino tambien tantas otras producciones propias de su clima, que parece que la naturaleza ostenta allí una segunda creacion. Casi todos los géneros de especias, tan necesarios á los pueblos civilizados de todos los países, á medida que la comodidad y el lujo aumentaron entre ellos, se hallaban en la antigüedad como en nuestros tiempos, en estas solas comarcas. Dos productos de los más importantes, empleados con habilidad entre nosotros, el algodón y la seda, pertenecian originariamente á estos países, y hoy les pertenece muy especialmente, aunque su cultivo se haya extendido á otras regiones. La fecundidad natural de estos países, es la que ha hecho de Asia el asiento principal del comercio. Sus productos afluan hácia el Occidente, y nunca se agotó tan grande fuente de riqueza, aunque en parte cambiaran de direccion sus productos. La influencia del comercio de la India en todos los siglos sobre la civilizacion humana, merece toda la atencion del historiador; sin embargo, esta no se halla bastante bien explicada, no obstante las noticias más importantes de estos últimos tiempos. Es interesantísimo conocer los canales que el comercio tiene abiertos en



las diferentes épocas, y saber que toda la historia nos enseña que los países, sirviendo como de escalas ó depósitos, adquirieron una cultura y una riqueza, que pronto cambiaron el género de vida de sus habitantes. Pero dulcificando las costumbres, derramaron estas al mismo tiempo entre ellas el germen del lujo, que preparó y realizó su ruina. Suministrando á las comarcas más apartadas de la tierra, especialmente á Europa, los dones más preciosos de la naturaleza, que sin ser los más necesarios, son al menos los más buscados, la Providencia repartió entre los habitantes de nuestro globo las bases del comercio, y de aquí las de su recíproca civilizacion, que siempre fué naciente entre los pueblos aislados, hasta que se levantaron por propia fuerza sobre la primera época de su barbárie.

Estas ideas fundamentales de la historia del comercio en Asia, bien comprendidas, derraman en su marcha por los países interiores de este continente, antes de la navegacion al rededor del Africa, una luz que nos permite seguirla sin ninguna dificultad. La naturaleza misma del comercio que hacen las caravanas, exige, segun lo hemos indicado más arriba, que haya depósitos generales en los que almacenan los mercaderes á su llegada todas sus mercancías para expedirlas tambien de allí á otros países. Porque es imposible que el camello con su carga pueda hacer el trayecto desde el Ganges hasta las riberas del Mediterráneo sin ninguna interrupcion. Y además, los habitantes del interior del Asia no podrian recibir los productos de los países más ricos con que satisfacer sus necesidades.

La naturaleza ha determinado estos puntos, y hé aquí por qué han quedado los mismos en todos los siglos, en tanto que estuvo floreciente el comercio de Asia. De este número son los países del Eufrates y el Tigris, sobre todo Babilonia; los países del Oxo, Bactra y Samarcanda, y últimamente las costas del mar Negro y del Mediterráneo.

Babilonia fué en todo tiempo el gran depósito general para el Asia Occidental, y por consiguiente tambien para la Europa y países del Asia Menor. En ella es donde una gran parte de productos de la India era con esmero cul-

tivada, y la fecundidad del suelo, superior á toda creencia, aumentaba su número. Bactra y Samarcanda, conocidas hoy con el nombre de Gran Bucaria, no ofrecen ménos interés para la historia del comercio. Allí estaban los depósitos de las mercancías para el Asia septentrional, trasportadas de la India al mar Caspio, ó de la China y Tangot á través del desierto de Cobi, ó bien por las montañas del gran Thibet. Las caravanas llegadas de estos países, encontraban allí sus primeras estaciones. Estas comarcas, como las costas occidentales del mar Caspio, son por su posicion los mercados naturales de numerosas hordas del Asia central y septentrional. Allí es donde estas hordas, más ó ménos familiarizadas con los productos de los países meridionales, marchan para proveer á sus necesidades. No debe extrañarnos hallar en las fronteras de estos países nómadas un gran comercio en los pueblos y una extraña variedad de habitantes.

Por último, las costas del Mediterráneo, la Fenicia y el Asia Menor, eran los depósitos naturales de las mercancías asiáticas destinadas á ser trasportadas á Europa ó Africa. Sus habitantes, griegos y asiáticos, favorecidos por su posicion, llegaron á ser pueblos navegantes, haciéndose por su carácter intermediarios de los tres continentes. Cambiaban en sus mercados el dinero de España y el ámbar amarillo de la Prusia, por especias de la India é incienso de la Arabia. Sus países se hicieron los más ricos del mundo, y tenian ya antes del origen de la monarquía persa una porcion de ciudades con un comercio floreciente, formando una cadena casi continúa desde el estrecho de Bizancio hasta la frontera de Egipto; aspecto que hoy presentan tambien las costas de la América septentrional.

Si las reflexiones precedentes dan alguna luz de las vias y naturaleza del comercio del Asia en general, esclareceremos más este punto haciendo una descripcion de los principales objetos del comercio antiguo, comparados con los del comercio moderno.

Con frecuencia suelen faltar datos para seguir la marcha histórica del comercio, aun en las comarcas más retiradas; pero hallando



géneros peculiares de cada país, las relaciones de este con las de otros países están suficientemente probadas, por más que no se pudiera determinar la naturaleza de estas relaciones. Un pedazo de azúcar ó una pequeña porción de pimienta que se encontraran en el almacén de una ciudad, serian una prueba del comercio de las dos Indias, aun cuando ninguna estadística pudiera darnos la menor noticia de la navegación y comercio de holandeses ó de ingleses.

Por grande que sea, en efecto, la variedad de productos del Asia, creemos poder reducir los principales objetos de su comercio á las siguientes clases: 1.^a, objetos preciosos, entre los que contamos tambien los metales más raros, el oro y la plata, las piedras preciosas y las perlas; 2.^a, objetos de vestir, lana, algodón, seda y forros; 3.^a, especias y aromas.

La abundancia de metales preciosos, sobre todo de oro, que se han visto siempre en el interior del Asia, debe sorprender á los que se dedican al estudio de la historia de este continente; y por consiguiente, los hechos que se nos han dado á conocer sobre los reyes de la antigua Persia, como tambien de los árabes y príncipes mongoles, son muy dignos de fe y no ofrecen ninguna duda.

Los pueblos del Asia hacian mayor uso del oro en utensilios de cualquiera especie, ornamentos y bordados, que en la moneda. Los tronos de sus príncipes y la mayor parte del mueblaje de sus casas, especialmente la vajilla de mesa, eran ya en tiempo de Salomón, como en nuestros días, de oro macizo; sus armas estaban guarnecidas del mismo metal; los vestidos y tapices bordados en oro, eran, como hoy, los objetos más estimados de Oriente (1). Este lujo no distinguía solamente á los soberanos de Asia; no monopolizaban el oro para aparecer ellos solos los más poderosos, sino que este metal se extendía cada vez más entre los particulares, á medida que el despotismo tomaba una

(1) Véase sobre esto Chardin, II, p. 370, y Jenofonte, *Cylop. Op.*, pág. 215, edic. de Leunclao. Los dos escritores están en tan perfecta consonancia en la descripción de la riqueza y magnificencia de los reyes de la Persia, que se los podría juzgar contemporáneos.

organización más amplia. Los sátrapas de la Persia eran relativamente más ricos que sus reyes, y la misma proporción había entre los sátrapas y sus subalternos (1). Se citan igualmente particulares dueños de inmensas riquezas (2), y aparte del testimonio de Herodoto, un pueblo nómada del Asia oriental construía la mayor parte de sus utensilios con oro (3). Son dignos de mencionarse los primeros datos acerca del origen de las minas de oro, tan fecundas para poder suministrar con este metal todo un continente tan extenso.

Segun los conocimientos modernos, solamente en el seno de las montañas es donde se encuentran el oro y la plata; sin embargo, los grandes torrentes arrancan algunas veces grandes porciones, que van arrastradas á las regiones arenosas. Los países llanos, por fecundos que por otra parte sean, no suministran el oro, ni siquiera los de la rica Bengala, aunque tantas veces se haya supuesto. Siguiendo la marcha de las grandes cordilleras de montañas que atraviesan el Asia, y comparando los testimonios positivos de los antiguos, nos parecen lógicas las siguientes observaciones:

Las cordilleras del Asia aparecen ser tanto más ricas en oro, á medida que avanzan hacia Oriente. La parte Occidental apenas está provista de este metal, mientras que abunda en la parte Oriental. En el Asia Menor, el Pactolo y el Meandro arrastraban con sus arenas el oro desprendido del monte Tmoló; pero no hay noticia de que se hayan explotado allí minas. Sin embargo, el producto de las arenas de oro que parecen haber hecho todo el tesoro de los antiguos reyes de Lidia (4), era considerable, aunque pudiera ser mediano comparativamente con las riquezas inmensas del resto del Asia. El Cáucaso, entre el mar Negro y el mar Caspio, contiene tambien metales preciosos, si bien más plata que oro (5). Ya se explotaban las mi-

(1) Herodoto, I, 192.

(2) Idem, VII, 27.

(3) *Les Mossagètes*, Herod., I, 215.

(4) Herod., VI, 125, et Strab., pág. 928.

(5) Strab., pág. 826, *Müller sammlung*, *Russ Geschichte*, II, pág. 14, etc. (*Collection de Müller, Histoirs russes*).



nas de plata en la más remota antigüedad; pero no se hace mención del oro como metal indígena, á menos que no se quiera interpretar así la tradición cuando habla de la expedición de Jason en busca del vellocino de oro.

La cordillera del Tauro, que se prolonga por la Armenia, la Media, la Hircania y la Persia propiamente dicha, hasta los confines de la Bactriana ó gran Bucaria, si no están totalmente desprovistas de oro, al menos no lo hay en abundancia, pues que jamás se han explotado allí minas de productos considerables, segun nos refiere la historia (1).

Las primeras montañas auríferas de Asia, parece que comienzan en la extremidad oriental de la gran Bucaria, donde se divide la cordillera del Tauro en dos ramificaciones, que comprenden la pequeña Bucaria y el desierto de Cobi. Los ríos que de ella proceden, y que se dirigen hacia el O. y E., donde se pierden en las arenas del desierto, arrastran todos porciones de oro, y atestiguan la existencia de vetas de oro en estas montañas. Estas, como tambien la parte limitrofe de la gran Bucaria y el desierto de Cobi, han sido renombradas en todas las edades por sus minas auríferas. Pero sobre todo en tiempo de los persas, los indios septentrionales, tributarios de la Persia, iban en busca del oro de estos desiertos (2).

Las cordilleras del Tauro, que se extienden hacia el Este, son muy ricas en oro. Así se observa en las montañas del gran Thibet, de la China, de Siam, de la Cochinchina y de Malaca (3). Pero de estos países, siendo tan poco conocidos de los europeos, no tenemos más que nociones generales. En tiempo de los persas eran tambien muy poco conocidos; la *Geografía* de Herodoto concluye en el desierto de Cobi y en las montañas limitrofes. No se conocían entonces otros países ricos en oro de toda el Asia meridional, que la Lidia y las montañas que limitan la grande y pequeña Bucaria. En esta

(1) Chardin, II, pág. 28.

(2) Herod., III, 102. Abugalsi, *Histoire des tartares*, pág. 388, et *ibid. not.* Müller's *Sammching*, R. G., IV, pág. 183, et Bruce, *Memoir*, pág. 123, etc.

(3) Rochou, *Viaje á Madagascar y á las Indias*, pág. 297.

última, á más del testimonio de Herodoto, no solamente se lavaba el oro, sino que se sabía sacar de las minas (1).

Sin embargo, por abundante que se suponga este producto, y esto puede calcularse por el tributo pagado por los indios, es completamente desproporcionado con la inmensa cantidad de oro esparcida en estos tiempos por toda el Asia. ¿De dónde venían aquellos tesoros? ¿Se les recibía del SO. de Asia, ó bien se habían explotado las minas de la Siberia? Permítasenos contestar á esta última pregunta. Los descubrimientos de los rusos han probado suficientemente que la cordillera conocida con el nombre de Altoí, y que separa la Siberia de la gran Tartaria, no está desprovista de oro. Así parece tambien confirmarse nuestra observación de que las ramificaciones orientales, que son las más elevadas y las más extensas de la cordillera, encierran en su seno el máximo de este metal. Las minas de oro de la Rusia no empiezan hasta más allá del lago Baikal, donde se encuentran especialmente á lo largo del río Onon, que desemboca en el Amur y pertenece á la provincia de Nertheinck; son explotadas por los daures y tungeses (2). Los países tundueses, situados más hacia el E., y que están hoy bajo la protección de la China, comprenden la prolongación de esta cadena de montañas, y han sido siempre célebres por sus minas auríferas (3).

Hemos anotado que el monte Altoí, así como los países vecinos, sobre todo hacia el E., estaban antiguamente fuera de la esfera de los

(1) Herod., III, 106.

(2) Georgi, *Beschreibung alles nationen des russischen Reichs*, p. 204 (Descripción de todas las naciones del imperio ruso). Conocemos el producto anual de las minas de Rusia, en oro como en plata, por publicaciones modernas. Los productos en oro están valuados en los cuadros de la obra clásica de M. de Herrman, *Die Wichtigkeit des russischem bergbanes* (Importancia de la explotación de las minas de Rusia) á 1.600 libras (40 pouds); los de plata á 50.000 libras (1.250 pouds). Si el producto en metales preciosos no es más considerable actualmente, en una época en que se explotan las minas del Ural como las de Altoí segun las reglas del arte, es muy verosímil que fuera aún menos en la antigüedad.

(3) Müller, *Sammlung*, II, 200, etc.